

CRÓNICA

La celebración del Cuarto Centenario velazqueño ha tenido, hasta ahora, su más importante presencia pública en la importante exposición que la Junta de Andalucía ha celebrado en los espacios de la Cartuja de las Cuevas sevillana, con el título de *Velázquez y Sevilla*, inaugurada por los Reyes el pasado 1 de octubre. En ella se han reunido 23 obras del gran maestro, fechadas todas ellas en su etapa juvenil sevillana, entre las que se cuentan casi todas las más famosas como la *Vieja friendo huevos*, *Cristo en casa de Marta*, el *Aguador de Sevilla*, la *Inmaculada*, *San Juan Evangelista*, los *Apóstoles Pablo y Tomás* de Barcelona y Orleans, y otros lienzos bien conocidos, con dos importantes novedades: un soberbio *San Pedro* que será, seguramente, el original de las varias versiones conocidas de la composición, a veces atribuida a Herrera el Viejo, y una tercera versión de la *Sor Jerónima de la Fuente*, de sólo busto prolongado pero de intensidad fascinante, que seguramente precedió a las otras dos ya conocidas, elaboradas con la misma fuerza, pero con un más delicado tratamiento.

Novedad también para el espectador que ya conociese casi todas estas piezas, —a través de la exposición madrileña de 1990 o de la de Edimburgo de 1996, que también reunió casi todas ellas—, es el retrato del *Conde Duque de Olivares*, documentado en 1624, procedente de Sao Paulo, que no figuró en ellas y se exhibe ahora aquí en toda su imponente presencia.

Pero la exposición ofrece, además, un importante conjunto de obras sevillanas anteriores a Velázquez, que el pintor hubo necesariamente de ver durante su juventud, y un pequeño grupo de esculturas, documentos, libros y objetos que perfilan el mundo y la biografía del maestro.

La serie de pinturas sevillanas se inicia con la hermosa *Vista de Sevilla* que se ha atribuido a veces a Sánchez Coello, sin razón alguna, y se prosigue con importantes obras de Pedro Campaña, Hernando de Esturmio, Luis de Vargas, Pedro de Villegas, Alonso Vázquez, y el flamenco Hemessen entre los artistas del siglo XVI y, ya en el XVII, Pacheco, Roelas, Francisco Varela, Herrera el Viejo y el hasta ahora casi desconocido Jerónimo Ramírez.

Muchas de las obras exhibidas de procedencia sevillana, han sido objeto de eficaces limpiezas y restauraciones, que las han hecho recuperar calidades hasta ahora invisibles y han permitido precisiones de datación —la *Inmaculada* con Miguel Cid, de Pacheco, en la Catedral ha revelado su fecha: 1619— o de atribución, como los dos grandes lienzos con *Cristo servido por los ángeles* que asignados, con dudas, a Juan de Uceda, se ha mostrado uno de ellos firmado por Jerónimo Ramírez en 1627, lo que ha permitido devolverle otras obras y reconstruir algo de su personalidad.

En realidad, bastantes de las obras exhibidas poco podían tener en común con Velázquez y poco pudieron sugerirle y aportarle. Para ofrecer un panorama más ajustado de lo que debieron ser sus curiosidades y sus intereses, falta en la exposición la presencia de ciertas obras italianas que habrían de fascinarle, especialmente aquéllas que le abrieron los ojos al naturalismo tenebrista. Si no originales de Caravaggio, sí que hubo en Sevilla obras caravaggiescas, —Pacheco alude a las copias del *Martirio de San Pedro*—, y obras del joven Ribera, decisivas a mi juicio para su formación, y también obras de Luis Tristán, a quien específicamente alude Palomino diciendo que su obras eran muy estimadas de Velázquez «por tener rumbo semejante a su humor». La exposición de Edimburgo acogió muy acertadamente obras de Ribera, y Tristán estuvo presente en la exposición madrileña de 1960 (*Velázquez y lo velazqueño*). Da la sensación de que un excesivo «sevillanismo» ha presidido la organización de la exposición. La presentación, en unos espacios nada gratos, y la unificación de los marcos de los lienzos de Velázquez, envueltos en unos recuadros de madera oscura, no favorecía en absoluto su contemplación.

La representación escultórica, limitada, incluía piezas excelentes de Núñez Delgado, Montañés y Juan de Mesa, y de sumo interés era la presencia de los libros miniados por Juan de Herrera, hermano de Francisco, «el Viejo», personalidad recientemente dada a conocer con cierta precisión.

La exposición ha sido acompañada de un Catálogo y un volumen de ensayos que constituirán, en lo sucesivo, textos de obligada consulta. El catálogo, obra de varios autores que firman cada ficha, resulta un tanto irregular por la diferencia de planteamientos. Los ensayos ofrecen muy valiosas aportaciones y novedades así como inteligentes revisiones de aspectos y circunstancias ya conocidas.

Especialmente interesantes son el referido a *La Familia de Velázquez*, obra de Luis Méndez Rodríguez, que aclara muchas cosas sobre la verdadera condición social de la familia, y los esfuerzos de Velázquez por «camuflar» su origen, o el de Guidley McKim-Smith, sobre *La técnica sevillana de Velázquez* que va más allá de su enunciado, intentando establecer unas conexiones profundas entre la técnica y otras dimensiones culturales.

Otros valiosos textos completan el interés del volumen: *Sevilla en la época de Velázquez* (Antonio Domínguez Ortiz), *Velázquez y la pintura sevillana de su tiempo* (el fallecido Juan Miguel Serrera, a quien se debe la idea de la exposición y su primera planificación), *Velázquez y los pintores sevillanos hasta 1623* (Enrique Valdivieso), *Los bodegones de Velázquez y la verdadera imitación del natural* (Peter Cherry), *El dibujo de Sevilla y Velázquez* (Manuela Mena Marqués), *Pacheco y Velázquez* (Bonaventura Bassegoda), *Entre práctica y teórica: La formación de Velázquez en Sevilla* (Agustín Bustamante y Fernando Marías), *Los techos pintados del Palacio Arzobispal de Sevilla* (José Fernández López), *Los techos pintados de la Casa de Pilatos* (Vicente Lleó Cañal) y *El techo de la casa del poeta Juan de Arguijo* (Rosa López Torrijos).

ALFONSO E. PÉREZ SÁNCHEZ